

Andar sin ruido

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Carlos Frontera, *Andar sin ruido*
Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-8393-221-6
Depósito legal: M-19162-2017
IBIC: FYB

© Carlos Frontera, 2017
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2017

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Carlos Frontera

Andar sin ruido



ÍNDICE

Las novias cuando nos dejan.	13
Todas las familias felices	19
Para la mejor mamá del mundo	21
Una ligera sensación de puaj.	29
Andar sin ruido	43
Romper el encantamiento	51
Si todos los chinos saltaran a la vez	53
Piel muerta	75
Te q	77
Transparente y no	81
Ha muerto Michael Jackson	103
Acto de amor.	107
Obrar bien	111
Conquistar más cotas	117
El perro azul	137
Qué carajo le pasa al amor	143
Charquitos de lluvia	153

LAS NOVIAS CUANDO NOS DEJAN

LAS NOVIAS CUANDO NOS DEJAN lo ponen todo patas arriba, lo mismito que un terremoto. Poco importa que se pongan tremendas como folclóricas, que se muestren serenas y juiciosas como magistrados o que ventilen la relación con un par de monosílabos. El caso es que siempre proceden de igual modo: primero nos dejan y luego nos conceden un tiempo prudencial. Ahí os quedáis, nos dicen, y se depilan las ingles y se van a tomar un café con su mejor amiga.

Nosotros, los novios, nos quedamos un buen rato en el sitio, con dos palmos de narices nos quedamos, y cuando comprendemos que la cosa va en serio, revolvemos los altillos y buscamos una maleta, la más grande que tengamos, la despatarramos sobre la cama y nos damos prisa en guardar nuestras pertenencias. Pero no lo hacemos de cualquier modo, no. Nosotros, los novios, cuando nos dejan nuestras novias, tomamos una maleta bien hermosa y metemos la ropa dentro sin grandes alardes –ya la plancharemos cuando huyamos del epicentro, pensamos–, guardamos las cosas de aseo personal a continuación y, por último, nuestra colección de vinilos. Y mientras las novias con las

ingles recién depiladas toman café con su mejor amiga, los novios cerramos la puerta a nuestras espaldas de un portazo y olvidamos las llaves dentro.

Yo, que ya acumulo cierta experiencia sísmica, he desarrollado un método. En lugar de perder el tiempo examinando los altillos en busca de una maleta, bajo a la papelería más próxima y me hago con una caja de cartón, de esas bidimensionales que adquieren una tercera dimensión en cuatro sencillos pasos, que para cuando estoy de vuelta en el piso, ya es toda una señora caja. Como digo, no me dejo llevar por la rabia ni permito que las lágrimas me nublen la razón. Cada cosa a su tiempo, ya habrá ocasión para tales desmanes. Tampoco me entretengo recogiendo la ropa, ni hago el mamarracho revisando el contestador automático. Voy directo al grano: dejo la caja en el suelo, respiro hondo y la lleno de eso que tan solo los novios sabemos. Al acabar, me aseguro de que el cuenco del gato tenga comida y, antes de que mi novia, con las ingles bien depiladas, acabe de tomarse un café con su mejor amiga y decida que ya se ha cumplido el tiempo prudencial, me presento en casa de mis padres.

Cuando los padres nos ven llegar con una caja de cartón de tamaño considerable bajo el brazo y los faldones de la camisa por fuera, dicen «hijo» con un hilo de voz y se contienen para no abrazarnos en plena vía pública y evitar así una escena delante de los vecinos. No se atreven a pisar la calle. Miran hacia un lado, hacia el otro, y, con un gesto apenas perceptible, nos apremian para que entremos.

Los padres no comprenden que pase de largo sin dedicarles una sonrisa y que vaya directo a mi habitación, no les entra en la cabeza que tome un rotulador indeleble y escriba en la caja el nombre de mi última novia —que en

estos momentos estará abriendo la puerta de nuestro piso con una llave idéntica a la que me dejé dentro—, no entienden que apile la caja junto a las demás, ni que pierda el tiempo ubicándola por orden alfabético. Por eso irrumpen en mi habitación sin el menor recato y me dicen «llora si te apetece», me lo dicen al alimón, y no se quedan contentos hasta que me encierro en el baño y hago como que lloro.

Los días siguientes no volverán a referirse al asunto y mi madre hará albóndigas en salsa.

Los novios, cuando nos dejan nuestras novias, nos sentimos extraordinariamente bien, pero eso es algo que no podemos decirle a nuestros padres —que han conservado nuestra habitación tal como la dejamos—, porque enseguida insistirían en que nos afeitásemos la barba y renovásemos el vestuario, y no estamos los novios para esas zarandajas.

Primero he de asegurarme de que las cajas estén bien ordenadas, que cada una ocupe el lugar que le corresponde, y es una tarea que tengo que acometer con urgencia, antes de que la caja se cubra de polvo y de olvido. No quiero ni imaginarme qué sucedería si Marta ocupase el lugar de Susana, o Rosa el de Ainhoa. Por eso descuido mi aspecto y me entretengo colocando cada caja en su sitio, por eso me niego a responder las llamadas de los amigos y a las provocaciones de mis hermanos. No hasta estar bien seguro.

Los novios, cuando recobramos la soltería, nos sentimos rematadamente bien, aunque nos empeñemos en demostrar lo contrario y guardemos las apariencias.

Las noches nos toca pasarlas en vela. Es fundamental que los padres nos encuentren ojerosos y desastrados al día siguiente, que no sospechen que estamos en la gloria y dejen de hacernos albóndigas en salsa.

Para no quedarme dormido, me entretengo cambiando las cajas de lugar. Las desordeno, las mezclo, las giro –de modo que los nombres queden contra la pared– y trato de averiguar dónde queda Natalia, dónde Pilar. No es que el juego sea la bomba. Deja mucho que desear, el juego, pero al menos me mantiene despierto y, a qué negarlo, cada acierto me produce cierto gozo. Un gozo chiquito, bobalicón, a medio hacer, que no llega a materializarse ni en sonrisa, pero gozo al fin y al cabo.

Pero la noche tiene su miga y, tarde o temprano, me puede el aburrimiento –tampoco hay tantas cajas–. Para evitar caer rendido de sueño y arriesgarme a no tener ojeras a la mañana siguiente, complico el juego. Vacío las cajas y hago un montón bien grande con lo que contienen, procurando antes que no se me olvide qué cosa corresponde a cada una. A continuación barajo las cajas, las alineo y las relleno con los objetos amontonados. Es importante hacerlo sin mirar, que no sepa qué estoy cogiendo. Cuando todo está dentro, elijo una caja cualquiera –mejor si los nombres siguen estando contra la pared–. Pongamos que ha salido la de Carmen: abro su caja como si desenvolviese un regalo y me maravillo con el nuevo pasado compartido con Carmen, disfruto como un verraco reconstruyendo mi vida con Carmen, lloro de alegría recordando lo que pudo haber sido Carmen, y así hasta que la nostalgia se desinfla y paso a otra caja, a otra Daniela, a otra Esperanza.

Con el amanecer a la vuelta de la esquina, devolvemos todo a su sitio –es importante que cada caja ocupe su lugar–, bajamos con cara de no haber pegado ojo en toda la noche y dejamos clara nuestra falta de apetito para darles una alegría a nuestros padres, que están empezando a preparar el sofrito de las albóndigas.